**Caracas sin agua**

Publicado: 27 agosto 2010 en [Gabriel García Márquez](https://cronicasperiodisticas.wordpress.com/category/gabriel-garcia-marquez/)   
Etiquetas:[Realismo mágico](https://cronicasperiodisticas.wordpress.com/tag/realismo-magico/), [Samuel Burkart](https://cronicasperiodisticas.wordpress.com/tag/samuel-burkart/), [Sequía](https://cronicasperiodisticas.wordpress.com/tag/sequia/), [Venezuela](https://cronicasperiodisticas.wordpress.com/tag/venezuela/)

[21](https://cronicasperiodisticas.wordpress.com/2010/08/27/caracas-sin-agua/#comments)

Después de escuchar el boletín radial de las 7 de la mañana, Samuel Burkart, un ingeniero alemán que vivía solo en un pent-house de la avenida Caracas, en San Bernardino, fue al abasto de la esquina a comprar una botella de agua mineral para afeitarse. Era el 6 de junio de 1958. Al contrario de lo que ocurría siempre desde cuando Samuel Burkart llegó a Caracas, 10 años antes, aquella mañana de lunes parecía mortalmente tranquila. De la cercana avenida Urdaneta no llegaba el ruido de los automóviles ni el estampido de las motonetas. Caracas parecía una ciudad fantasma. El calor abrasante de los últimos días había cedido un poco, pero en el cielo alto, de un azul denso, no se movía una sola nube. En los jardines de las quintas, en el islote de la Plaza de la Estrella, los arbustos estaban muertos. Los árboles de las avenidas, de ordinario cubiertos de flores rojas y amarillas en esa época del año, extendían hacia el cielo sus ramazones peladas.

Samuel Burkart tuvo que hacer cola en el abasto para ser atendido por los dos comerciantes portugueses que hablaban con la clientela de un mismo tema, el tema único de los últimos cuarenta días que esa mañana había estallado en la radio y en los periódicos como una explosión dramática: el agua se había agotado en Caracas. La noche anterior se habían anunciado las drásticas restricciones impuestas por el INOS a los últimos 100.000 metros cúbicos almacenados en el dique de La Mariposa. A partir de esa mañana, como consecuencia del verano más intenso que había padecido Caracas después de 79 años, había sido suspendido el suministro de agua. Las últimas reservas se destinaban a los servicios estrictamente esenciales. El gobierno estaba tomando desde hacía 24 horas disposiciones de extrema urgencia para evitar que la población pereciera víctima de la sed. Para garantizar el orden público se habían tomado medidas de emergencia que las brigadas cívicas constituidas por estudiantes y profesionales se encargarían de hacer cumplir.

Las ediciones de los periódicos reducidas a cuatro páginas, estaban destinadas a divulgar las instrucciones oficiales a la población civil sobre la manera como debía proceder para superar la crisis y evitar el pánico.

A Burkart no se le había ocurrido una cosa: sus vecinos tuvieron que preparar el café con agua mineral, le anunció que la venta de jugos de frutas y gaseosas estaba racionada por orden de las autoridades. Cada cliente tenía derecho a una cuota límite de una lata de jugo de fruta y una gaseosa por día, hasta nueva orden. Burkart compró una lata de jugo de naranja y se decidió por una botella de limonada para afeitarse. Sólo cuando fue a hacerlo descubrió que la limonada corta el jabón y no produce espuma. De manera que declaró definitivamente el estado de emergencia y se afeitó con jugo de duraznos.

**Primer anuncio de cataclismo: Una señora riega el jardín**

Con su cerebro alemán perfectamente cuadriculado y sus experiencias de guerra, Samuel Burkart sabía calcular con la debida anticipación el alcance de una noticia. Eso era lo que había hecho, tres meses antes, exactamente el 26 de marzo, cuando leyó en un periódico la siguiente información: “En La Mariposa sólo queda agua para 16 días”.

La capacidad normal del dique de La Mariposa, que surte de agua a Caracas es de 9.500.000 metros cúbicos. En esa fecha a pesar de las reiteradas recomendaciones del INOS para que se economizara el agua, las reservas estaban reducidas a 5.221.854 metros cúbicos. Un meteorólogo declaró a la prensa, en una entrevista no oficial que no llovería antes de junio. Pocas semanas después el suministro de agua se redujo a una cuota que era ya inquietante, a pesar de que la población no le dio la debida importancia: 130.000 metros cúbicos diarios.

Al dirigirse a su trabajo, Samuel Burkart saludaba a una vecina que se sentaba en su jardín desde las 8 de la mañana a regar la hierba. En cierta ocasión le habló de la necesidad de economizar agua. Ella, embutida en una bata de seda con flores rojas, se encogió de hombros. “Son mentiras de los periódicos para meter miedo —replicó—. Mientras haya agua yo regaré mis flores.” El alemán pensó que debía dar cuenta a la policía, como lo hubiera hecho en su país, pero no se atrevió porque pensaba que la mentalidad de los venezolanos era completamente distinta de la suya. A él también le había llamado la atención que las monedas en Venezuela son las únicas que no tienen escrito su valor y pensaba que aquello podía obedecer a una lógica inaccesible para un alemán. Se convenció de eso cuando advirtió que algunas fuentes públicas, aunque no las más importantes, seguían funcionando cuando los periódicos anunciaron, en abril, que las reservas de agua descendían a razón de 150.000 metros cúbicos cada 24 horas. Una semana después se anunció que se estaban produciendo chaparrones artificiales en las cabeceras del Tuy —la fuente vital de Caracas— y que eso había ocasionado un cierto optimismo en las autoridades. Pero a fines de abril no había llovido. Los barrios pobres quedaron sin agua. En los barrios residenciales se restringió el agua a una hora por día. En su oficina, como no tenía nada que hacer, Samuel Burkart utilizó su regla de cálculo para descubrir que si las cosas seguían como hasta entonces habría agua hasta el 22 de mayo. Se equivocó, tal vez por un error en los datos publicados en los periódicos. A fines de mayo el agua seguía restringida, pero algunas amas de casa insistían en regar sus matas. Incluso en un jardín, escondido entre los arbustos, vio una fuente minúscula, abierta durante la hora en que se suministraba el agua. En el mismo edificio donde él vivía, una señora se vanagloriaba de no haber prescindido de su baño diario en ningún momento. Todas las mañanas recogía agua en todos los recipientes disponibles. Ahora, intempestivamente, a pesar de que había sido anunciada con la debida anticipación, la noticia estallaba a todo lo ancho de los periódicos. Las reservas de La Mariposa alcanzaban para 24 horas. Burkart que tenía el complejo de la afeitada diaria, no pudo lavarse ni siquiera los dientes. Se dirigió a la oficina, pensando que tal vez en ningún momento de la guerra, ni aun cuando participó en la retirada del Africa Korp, en pleno desierto, se había sentido de tal modo amenazado por la sed.

**En las calles, las ratas mueren de sed. El gobierno pide serenidad**

Por primera vez en 10 años, Burkart se dirigió a pie a su oficina, situada a pocos pasos del Ministerio de Comunicaciones. No se atrevió a utilizar su automóvil por temor a que se recalentara. No todos los habitantes de Caracas fueron tan precavidos. En la primera bomba de gasolina que encontró había una cola de automóviles y un grupo de conductores vociferantes, discutiendo con el propietario. Habían llenado sus tanques de gasolina con la esperanza que se les suministrara agua como en los tiempos normales. Pero no había nada que hacer. Sencillamente no había agua para los automóviles. La avenida Urdaneta estaba desconocida: no más de 10 vehículos a las 9 de la mañana. En el centro de la calle, había unos automóviles recalentados, abandonados por los propietarios. Los bares y restaurantes no abrieron sus puertas. Colgaron un letrero en las cortinas metálicas: “Cerrado por falta de agua”. Esa mañana se había anunciado que los autobuses prestarían un servicio regular en las horas de mayor congestión. En los paraderos, las colas tenían varias cuadras desde las 7 de la mañana. El resto de la avenida un aspecto normal, con sus aceras, pero en los edificios no se trabajaba: todo el mundo estaba en las ventanas. Burkart preguntó a un compañero de oficina, venezolano, qué hacía toda la gente en las ventanas, y él le respondió:

—Están viendo la falta de agua.

A las 12, el calor se desplomó sobre Caracas. Sólo entonces empezó la inquietud. Durante toda la mañana, camiones del INOS con capacidad hasta para 20.000 litros repartieron agua en los barrios residenciales. Con el acondicionamiento de los camiones cisternas de las companías petroleras, se dispuso de 300 vehículos para transportar agua hasta la capital. Cada uno de ellos, según cálculos oficiales, podía hacer hasta 7 viajes al día. Pero un inconveniente imprevisto obstaculizó los proyectos: las vías de acceso se congestionaron desde las 10 de la mañana. La población sedienta, especialmente en los barrios pobres, se precipitó sobre los vehículos cisternas y fue preciso la intervención de la fuerza pública para restablecer el orden. Los habitantes de los cerros, desesperados, seguros de que los camiones de abastecimiento no podían llegar hasta sus casas, descendieron en busca de agua. Las camionetas de las brigadas universitarias, provistas de altoparlantes, lograron evitar el agua. A las 12.30 el Presidente de la Junta de Gobierno, a través de la Radio Nacional, la única cuyos programas no habían sido limitados, pidió serenidad a la población, en un discurso de 4 minutos. En seguida, en intervenciones muy breves, hablaron los dirigentes políticos, un representante del Frente Universitario y el Presidente de la Junta Patriótica. Burkart, que había presenciado la revolución popular contra Pérez Jiménez, cinco meses antes, tenía una experiencia: el pueblo de Caracas es notablemente disciplinado. Sobre todo, es muy sensible a las campañas coordinadas de radio, prensa, televisión y volantes. No le cabía la menor duda de que ese pueblo sabría responder también a aquella emergencia. Por eso lo único que le preocupaba en ese momento era su sed. Descendió por las escaleras del viejo edificio donde estaba situada su oficina y en el descanso encontró una rata muerta. No le dio ninguna importancia. Pero esa tarde cuando subió al balcón de su casa a tomar fresco después de haber consumido un litro de agua que le suministró el camión cisterna que pasó por su casa a las 2, vio un tumulto en la Plaza de la Estrella. Los curiosos asistían a un espectáculo terrible: de todas las casas, salían animales enloquecidos por la sed. Gatos, perros, ratones, salían a la calle en busca de alivio para sus gargantas resecas. Esa noche a las 10, se impuso el toque de queda. En el silencio de la noche ardiente sólo se escuchaba el ruido de los camiones del aseo, prestando un servicio extraordinario: primero en las cali y luego en el interior de las casas, se recogían los cadáver de los animales muertos de sed.

**Huyendo hacia Los Teques. Una multitud muere de insolación**

48 horas después de que la sequía llegó a su puntó culminante, la ciudad quedó completamente paralizada. El gobierno de los Estados Unidos envió, desde Panamá, un convoy de aviones cargados con tambores de agua. Las Fuerzas Aéreas Venezolanas y las compañías comerciales, que prestan servicio en el país, sustituyeron sus actividades normales por un servicio extraordinario de transporte de agua. Los aeródromos de Maiquetía y La Carlota fueron cerrados al tráfico internacional y destinados exclusivamente a esa operación de emergencia. Pero cuando se logró organizar la distribución urbana, el 30% del agua transportada se había evaporado a causa del calor intenso. En las Mercedes y en Sabana Grande, la policía incautó, el 7 de junio en la noche, varios camiones piratas, que llegaron a vender clandestinamente el litro de agua hasta a 20 bolívares. En San Agustín del Sur, el pueblo dio cuenta de otros dos camiones piratas, y repartió su contenido, dentro de un orden ejemplar, entre la población infantil. Gracias a la disciplina y el sentido de solidaridad del pueblo, en la noche del 8 de junio no se había registrado ninguna víctima de la sed. Pero desde el atardecer, un olor penetrante invadió las calles de la ciudad. Al anochecer, el olor se había hecho insoportable. Samuel Burkart descendió a la esquina con la botella vacía, a las 8 de la noche, e hizo una ordenada cola de media hora para recibir su litro de agua de un camión sisterna conducido por boy-scouts. Observó un detalle: sus vecinos, que hasta entonces habían tomado las cosas un poco a la ligera, que habían procurado convertir la crisis en una especie de carnaval, empezaban a alarmarse seriamente. En especial a causa de los rumores. A partir de mediodía, al mismo tiempo que el mal olor, una ola de rumores alarmistas se habían extendido por todo el sector. Se decía que a causa de la terrible sequedad, los cerros vecinos, los parques de Caracas, comenzaban a incendiarse. No habría nada que hacer cuando se desencadenara el fuego. El cuerpo de bomberos no dispondría de medios para combatirlo. Al día siguiente, según anuncio de la Radio Nacional, no circularían periódicos. Como las emisoras de radio habían suspendido sus emisiones y sólo podían escucharse tres boletines diarios de la Radio Nacional, la ciudad estaba, en cierta manera, a merced de los rumores. Se transmitían por teléfono y en la mayoría de los casos eran mensajes anónimos.

Burkart había oído decir esa tarde que familias enteras estaban abandonando a Caracas. Como no habían medios de transporte el éxodo se intentaba a pie, en especial hacia Maracay. Un rumor aseguraba que esa tarde, en la vieja carretera de Los Teques, una muchedumbre empavorecida que trataba de huir de Caracas había sucumbido a la insolación. Los cadáveres expuestos al aire libre, se decía, eran el origen del mal olor. Burkart encontraba exagerada equella explicación, pero advirtió que, por lo menos en su sector, había un principio de pánico.

Una camioneta del Frente Estudiantil se detuvo junto al camión cisterna. Los curiosos se precipitaron hacia ella, ansiosos de confirmar los rumores. Un estudiante subió a la capota y ofreció responder, por turnos, a todas las preguntas. Según él, la noticia de la muchedumbre muerta en la carretera de Los Teques era absolutamente falsa. Además, era absurdo pensar que ese fuera el origen de los malos olores. Los cadáveres no podían descomponerse hasta ese grado en cuatro o cinco horas. Se aseguró que los bosques y parques estaban colaborando en una forma heroica y que dentro de pocas horas llegaría a Caracas, procedente de todo el país, una cantidad de agua suficiente para garantizar la higiene. Se rogó transmitir por teléfono estas noticias, con la advertencia de que los rumores alarmantes eran sembrados por elementos perezjimenistas.

**En el silencio total, falta un minuto para la hora cero**

Samuel Burkart regresó a su casa con un litro de agua a las 6.45, con el propósito de escuchar el boletín de la Radio Nacional, a las 7. Encontró en su camino a la vecina que, en abril, aún regaba las flores de su jardín. Estaba indignada contra el INOS, por no haber previsto aquella situación. Burkart pensó que la irresponsabilidad de su vecina no tenía límites.

—La culpa es de la gente como usted, dijo, indignado. El INOS pidió a tiempo que se economizara el agua. Usted no hizo caso. Ahora estamos pagando las consecuencias.

El boletín de la Radio Nacional se limitó a repetir las informaciones suministradas por los estudiantes. Burkart comprendió que la situación estaba llegando a su punto crítico. A pesar de que las autoridades trataban de evitar la desmoralización, era evidente que el estado de cosas no era tan tranquilizador como lo presentaban las autoridades. Se ignoraba un aspecto importante: la economía. La ciudad estaba totalmente paralizada. El abastecimiento había sido limitado y en las próximas horas faltarían los alimentos. Sorprendida por la crisis, la población no disponía de dinero efectivo. Los almacenes, las empresas, los bancos, estaban cerrados. Los abastos de los barrios empezaban a cerrar sus puertas a falta de surtido: las existencias habían sido agotadas. Cuando Burkart cerró el radio comprendió que Caracas estaba llegando a su hora cero.

En el silencio mortal de las 9 de la noche, el calor subió a un grado insoportable, Burkart abrió puertas y ventanas pero se sintió asfixiado por la sequedad de la atmósfera y por el olor, cada vez más penetrante. Calculó minuciosamente su litro de agua y reservó cinco centímetros cúbicos para afeitarse el día siguiente. Para él, ese era el problema más importante: la afeitada diaria. La sed producida por los alimentos secos empezaba a hacer estragos en su organismo. Había prescindido, por recomendación de la Radio Nacional de los alimentos salados. Pero estaba seguro de que el día siguiente su organismo empezaría a dar síntomas de desfallecimiento. Se desnudó por completo, tomó un sorbo de agua y se acostó boca abajo en la cama ardiente, sintiendo en los oídos la profunda palpitación del silencio. A veces, muy remota, la sirena de una ambulancia rasgaba el sopor del toque de queda. Burkart cerró los ojos y soñó que entraba en el puerto de Hamburgo, en un barco negro, con una franja blanca pintada en la borda, con pintura luminosa. Cuando el barco atracaba, oyó, lejana, la gritería de los muelles. Entonces despertó sobresaltado. Sintió, en todos los pisos del edificio, un tropel humano que se precipitaba hacia la calle. Una ráfaga cargada de agua tibia y pura, penetró por su ventana. Necesitó varios segundos para darse cuenta de lo que pasaba: llovía a chorros.

**Los suicidas del fin del mundo**

Publicado: 16 septiembre 2008 en [Leila Guerriero](https://cronicasperiodisticas.wordpress.com/category/leila-guerriero/)   
Etiquetas:[Argentina](https://cronicasperiodisticas.wordpress.com/tag/argentina/), [Muerte](https://cronicasperiodisticas.wordpress.com/tag/muerte/), [Patagonia](https://cronicasperiodisticas.wordpress.com/tag/patagonia/)

[1](https://cronicasperiodisticas.wordpress.com/2008/09/16/los-suicidas-del-fin-del-mundo/#comments)

No quedan rastros.

En el cuarto donde todo sucedió -debajo de la pintura blanca, de los banderines de fútbol, de los pósters de mujeres en bikini-, no quedan rastros de la sangre.

Y el cuarto, además, tiene una cama que ya nadie usa.

Y el cuarto, además, permanece cerrado para siempre.

-Cada vez que mi mamá pasa por acá dice que todavía ve la imagen en el piso, por eso lo dejamos cerrado. Mi mamá estaba en la cocina cuando pasó. No la vio agarrar la escopeta.

Alberto Vargas –treinta y pico, empleado municipal- se apoya en el marco de la puerta con cuidado: como si todavía quedara allí algo por lastimar.

-Pero no había nada que hacer. Se ve que mi hermana ya tenía la idea.

Es la hora de la siesta y en Las Heras –Santa Cruz, Patagonia argentina- hay pocas cosas: el viento por las calles, nada más.

-Ahora, cada vez que voy al cementerio, me pregunto lo mismo: qué pudo haber pasado.

-¿Y que te contestás?

-Que no sé. Porque mi hermana fue la primera. Pero después fueron tantos.

Fueron doce.

Las Heras es una ciudad del norte de la provincia de Santa Cruz, la más austral de la Patagonia argentina. Dos mil kilómetros la separan de Buenos Aires y ochocientos de la capital provincial, Río Gallegos, sede desde 1991 y hasta 2003 del gobierno de Néstor Kirchner, por entonces gobernador y ahora presidente de la República. Está allí -a mitad de camino entre la cordillera y el mar, 21 grados bajo cero en invierno, ráfagas de viento de 100 kilómetros por hora en otoño y primavera- desde 1911. Fue un centro acopiador de lanas y de cueros hasta que, en los años ´60, se descubrió a escasos kilómetros el yacimiento petrolífero Los Perales, que hizo de la provincia la segunda cuenca más importante del país y de la ciudad la sede administrativa de la empresa estatal YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales). Así, a ese brote de cemento unido al mundo por la línea de asfalto de la ruta 43, llegaron miles de hombres solos a emplearse en la industria del petróleo, un trabajo duro pero cuyos sueldos triplican los 600 pesos mensuales (150 euros) que paga la mayoría de los oficios en la Argentina. Detrás de ellos llegaron pocas cosas: iglesias –una católica, varias evangélicas, Testigos de Jehová- y las putas a colocar su farol rojo, a ofrecer lo único que ofrecer se podía: la cerveza de a litro, el revolcón barato.

En 1991, cuando empezó el proceso de privatización de YPF en manos de Repsol, la ciudad tenía 16.000 habitantes y atravesaba cierta prosperidad, pero la nueva empresa redujo personal, tercerizó procesos, y el impacto fue devastador. Sin petróleo, en Las Heras no hay nada, y la nada es literal: los diarios nacionales se consiguen con cuentagotas, los teléfonos y la luz se cortan por la furia del viento, y no hay bares -excepto los bares de las putas- ni cine, ni teatro, ni carreras terciarias, ni plazas con verdor. La revista La Ciudad, la única publicación local, empezó a plagarse de noticias que, por cotidianas, se hicieron naturales: bebés abandonados en el cementerio, niñas violadas por sus tíos, adolescentes cosidos a cuchillo. El desempleo trepó al 20 por ciento, 7000 personas se fueron de Las Heras y quedaron los de siempre: los que no podían hacer más que quedarse.

Fue entonces que las cosas empezaron a pasar.

Pocos, en la Argentina, sabían de Las Heras cuando, el 7 de febrero de 2006, su nombre trepó a primera plana porque varios manifestantes, intentando liberar a un líder sindical petrolero de nombre Mario Navarro, vocero y dirigente de los trabajadores que realizaban piquetes en rutas provinciales desde hacía 15 días, habían atacado la comisaría local donde el hombre estaba detenido, y matado a golpes –a golpes- a un policía, Jorge Sayago.

Muy pocos sabían de Las Heras cuando el 6 de agosto de 2002 llegó a los diarios nacionales y españoles la noticia de que los piqueteros, que habían cortado la ruta 43 durante doce días en reclamo de empleo, amenazaban con prender fuego un tanque de petróleo de una batería de Repsol YPF, a quince kilómetros de la ciudad que corría el riesgo de volar por los aires.

Pero nadie –nadie- sabía de Las Heras cuando, entre noviembre de 1997 y el último día de 1999 se suicidaron allí doce hombres y mujeres, once de ellos de una edad promedio de 25 años.

Sandra Mónica Banegas, la hermana de Alberto Vargas, fue la primera.

En la puerta de entrada  de la casa donde viven Alberto, su madre Nélida y su padrastro José, hay un póster: la imagen de la Biblia abierta, apoyada sobre un jarrón florido. En Las Heras, donde se dicen muchas cosas, se decía que la hermana de Alberto era rara. Vestía de negro, se maquillaba de blanco, dibujaba brujas, calaveras, escuchaba rock pesado y salía con uno de sus profesores del colegio. En 1997 tenía 18 años y hacía apenas tres que sabía que no era hija de sangre de Nélida y José.

-La trajimos de otro pueblo, de casa de unos parientes –dice Alberto-. La madre la trataba mal, yo me encariñé y le dije a mi mamá que la trajéramos.

Mónica  creció sin saber, hasta que un día una mujer a la que no había visto nunca golpeó la puerta de su casa y dijo aquello de “Hija, yo soy tu madre”.

-No sé qué le habrá parecido. Se le dijo que no se había dado la situación como para contárselo antes, y quedó como que la familia de ella seguíamos siendo nosotros.

El 26 de marzo de 1997, mientras Alberto y José trabajaban en su modesta chacra en las afueras, Mónica limpiaba con Nélida su casa. A las cinco de la tarde, después de comer unos bombones, fue a su cuarto. Nélida fregaba todavía cuando la sobresaltó el golpe: unos chicos, en la calle, estrellaban la pelota contra la persiana.

-¡Mocosos de porquería –gritó-, les voy a sacar la pelota!

Después, siguió limpiando. El segundo estruendo llegó al rato y Nélida salió, furiosa. Pero en la calle no había nadie, y en su cuarto -la garganta atravesada por una bala de la carabina que José usaba para cazar- Mónica empezaba a desangrarse. Cuando Alberto y José llegaron del campo encontraron la casa repleta de policías, y la cara de Nélida licuada en las aguas del horror.

-Mi mamá la llamó pero no contestaba –dice Alberto-. Y fue a la pieza y se la encontró con el caño en la boca, las paredes llenas de sangre.

Con el tiempo, regalaron la ropa, tiraron los casettes de rock pesado, pintaron de blanco las paredes, Alberto colgó sus banderines, y cerraron la puerta para siempre. Nélida y José viraron evangelistas profundos, y un rumor de secta se instaló de a poco: todos dicen que nadie sabe cómo comenzó.

-Lo que le pasó es que era muy rockera –dice José-. Nosotros le comprábamos sin saber las cosas de esa música… diabólica…el rock. Diabólico para nosotros los evangélicos quiere decir toda la música que es como satánica, rock and roll. Se ve que ella hacía pactos con el diablo.

-Después que mi hija se quitó la vida –dice Nélida- muchos chicos jóvenes han empezado a matarse y ahorcarse. El día que ella se pegó el tiro, estábamos mirando la televisión y decían que no sé dónde se habían matado unos cuantos de una secta. Y después una chica me dijo “Mirá de dónde la vinieron a buscar para llevársela”. Los de la secta. Y ahí nosotros empezamos a bendecir la casa. Pero los chicos igual siguieron.

Igual siguieron: ocho meses después, el 18 de noviembre de 1997, Luis Montiel -18 años, huérfano de madre desde los 10, hijo de un padre al que veía en secreto porque sus familiares se oponían a esa relación- entró al galpón de la casa donde vivía con sus abuelos y sus tías solteras, y se ahorcó con un alambre.

El 13 de mayo de 1998 hacía menos de quince días que Carolina González y Mariano Navarro -hijo de una de las familias tradicionales de Las Heras, los dueños de la funeraria Navarro- habían decidido vivir juntos y olvidar viejas disputas. Tenían un hijo de tres, Matías, pero Carolina, de 19 años, compartía casa con varios hermanos y con su madre, Vilma, una mujer divorciada de su marido de quien, sin embargo, portaba un embarazo de nueve meses.

-A Carolina la afectó mucho la separación mía de su papá –dice Vilma-. Con todos los demás era maltratador, pero con ella era especial. A ella nunca le pegó.

A las tres de la tarde del 13 de mayo de 1998, Carolina regresó de la casa de su futuro suegro –Carlos Navarro, el hombre que tendría que amortajarla-, saludó a su madre y se encerró en su cuarto: dijo que tenía que planchar. A las cinco, uno de sus hermanos golpeó la puerta. Como Carolina no respondía, empujó, y vio lo que aún no olvida: a esa chica rubia que quería ser maestra, ahorcada por un cinto que había atado a la litera. Los aullidos de Néstor trajeron ambulancias, y una semana más tarde Vilma parió, sin saber cómo, un bebé sano. Seis meses después, la casa aún flotando en el vapor del luto, alguien llamó a su puerta.

-No te asustes –le dijo una vecina-, pero ahora fue Elizabeth.

Elizabeth Godoy era novia de Marcelo, uno de los hijos de Vilma. Vilma era la única persona a la que Elizabeth le había contado cómo ella y su hermana habían sido violadas por su padrastro: cómo su madre no les había creído cuando le contaron. Ahora, 18 de noviembre de 1998 y a los 20 años, se había ahorcado en el vano de la puerta de su casa.

Su madre había salido. La había dejado a cargo de la cena.

El 26 de diciembre de 1998 apareció, en una estancia cercana, el cuerpo de un hombre de 85 años llamado José Tellagorry que se había disparado con un rifle. El 26 de abril de 1999 se ahorcó, en su casa, Marcelino Segundo Ñancufil, de 32. Pero fue la muerte del 2 de julio de 1999 – César López, bañero de la pileta municipal, 25 años- la que paralizó al pueblo.

César era levemente rengo –dicen que producto de una turbia fractura allá en su infancia-, hijo de dos policías y hermano de dos varones y una mujer con los que compartía esa casa a la que todos señalan atravesada por violencias varias.

-El padre los tenía cortitos –dice su amigo Darío Sánchez-. Yo veo que lo que hizo César fue para que los padres reaccionaran. Lo que pasaba ahí no era normal.

El 2 de julio de 1999, a las cinco de la tarde, César llegó a casa de Darío y le mostró la pistola que llevaba calzada en el pantalón.

-Me dijo lo que iba a hacer, y que si yo trataba de impedírselo, se iba a pegar el tiro ahí mismo. Y se fue. Corrí a avisarle a mi viejo, y mi viejo salió corriendo para lo de César, que vivía a dos cuadras.

Ya en casa de los López, el hombre golpeó la puerta de aquel cuarto: el cuarto del amigo de su hijo. “¡Abrí, César, carajo!”, le gritaba. Entonces llegó el padre policía. Y cuando César estuvo seguro de que eran sus puños -su voz la que gritaba que le abriera- disparó.

De Javier Tomkins -24 años, el mejor jinete de la provincia- se dicen muchas cosas. Que le gustaba tomar; que tenía una novia muy joven pero que había embarazado a otra; que había llegado a Las Heras para reencontrarse con su familia después de pasar demasiado tiempo en Trevelín, una ciudad lejana, viviendo con su abuela. Sea como fuere, la noche del 12 de agosto de 1999 su hermana, embarazada de ocho meses, llegó a la chacra familiar y encontró a Javier en el galpón: se había ahorcado con un lazo de cuero, el mismo que solía usar con sus caballos.

La madrugada del 23 de agosto de 1999, Ricardo Barrios -21 años, trabajador del petróleo- harto de que su padrastro castigara a todos sus hermanos -22 cachorros paridos del mismo vientre y con diversos padres- le gritó a su madre, Mabel, que si no se divorciaba de aquel hombre él se mataba. Dicen –juran- que ella contestó “Matáte”, que Ricardo se quitó el cinto, lo aferró a la baranda de la escalera, y se ahorcó.

El 9 de septiembre de 1999, de una viga del galpón de la casa de un amigo -recién duchado y en horario de trabajo- se colgó Oscar Prado, 27 años, huérfano de padre desde los 15. Dicen –juran- que lo perseguía la pena por aquella muerte. Dicen, también, que después de seis años de servicio impecable en el Banco de la Provincia de Santa Cruz, diez meses de trabajo en el hospital público de Las Heras bastaron para dilapiar su buena reputación con el desvío de unos fondos miserables.

El 12 de septiembre de 1999 Esteban Morales, de 34 años, murió en su casa. Dicen –juran- que por una mezcla voluntaria de pastillas y alcohol, aunque el suicidio nunca pudo confirmarse.

Y entonces hubo, todavía, una muerte más.

La que sería, por muchos años, la última muerte. Bajó sobre Las Heras como el ala de un animal inmenso, y la arrastró consigo en su estertor.

Elena Miranda nació en la provincia de Formosa, noreste argentino. Siendo ella niña, su padre y su madrastra decidieron enviarla a Buenos Aires a vivir con una familia, que a su vez la derivó a otra, y luego a otra, hasta que Elena ya no supo la mugre de quién limpiaba y qué había sido de los suyos, allá en Formosa. A los 15 se escapó de la casa donde vivía y quedó embarazada de su primera hija: Perla. Más tarde conoció a un hombre con el que tuvo tres hijos más –Gustavo, Juan y Víctor- y con quien marchó a otra provincia, Catamarca, donde él cultivó el vicio de molerla a palos. Un día de 1984 Perla se casó, se fue a Las Heras donde nació su primer crío –Roque- y en 1985 Elena la siguió llevándose a Gustavo y Víctor. Pero Juan se quedó en Catamarca.

-Se quedó con el padre y vino recién en 1988. Allá, con su papá, mi negro pasó mucha miseria. Se vino a Las Heras con el vicio de tomar, de fumar.

Juan llegó con otro vicio fuerte: el de los golpes. El año en que murió había destrozado a una prostituta que había sido su pareja, y esperaba sentencia en el juicio que le había iniciado la mujer.

El 31 de diciembre de 1999, a las seis de la mañana, en Las Heras llovía.

Cuando Elena escuchó los golpes en la puerta imaginó que podía ser su hijo y corrió a abrir.

-Lo vi ahí, todo mojado, y le dije “Hijo, por qué anda tomando”. Y me dice “No se haga problema, mamá, hoy va a ser el último día que me va a ver tomar, lo único que le pido es que me dé un plato de comida”. Fui, y herví unos fideos. En esos días mi negro me estaba ayudando a hacer un paredón, entonces le digo “Acuestesé hijo, así cuando se levanta terminamos el paredón”. Y me dice “No, mamá, la tendrán que ayudar mis hermanos a terminar el paredón, yo ya no la voy a ayudar”. Ahí ya no di más, y la llamé a mi hija.

Cuando el teléfono sonó, a las seis y media de la mañana, en casa de Perla todos dormían. Ella atendió, aturdida, y entendió que algo pasaba en casa de su madre. Se vistió y salió. Roque, su hijo mayor, fue detrás.

-Llegué y lo encontré a mi hermano con una borrachera terrible. Le dije “¿Cuántas veces te dije que no vengas borracho a hacer llorar a la mami?”. Y me dijo “No te preocupes, ya no la voy a hacer llorar más”. Dijo eso, y dijo que íbamos a pasar un milenio de mierda. Y se fue a la calle.

Entonces Elena miró a Perla, revuelta en odio, y le escupió “¿Qué le dijiste a tu hermano para que se ponga así?”. Discutieron. Se gritaron.

-En vez de hablarle tranquila a su hermano, mi hija le gritoneó. Fue como si le hubiera dicho “Matáte”.

Después, salieron a buscarlo. Eran las siete de la mañana del último día de un año excepcional: el año en que el milenio terminaba. Faltaba poco para la ceremonia de los hornos encendidos, los corderos, las sidras y los vinos, pero esa caravana raquítica –Roque, Perla, Elena- avanzaba sin saberlo hacia una escena inolvidable. Fue Roque el que lo vio primero: el tío Juan, ahorcado con el cable que pendía de un poste de alumbrado.

-Mi hijo pegó el grito –dice Perla-. “¡Qué hiciste!”. Y levanto la vista y lo veo  y… para mí no era él. Si fue un ratito que nos demoramos.

Elena corrió y le apretó las piernas, intentando alzarlo. Le rogó a alguien: “¡Baje a mi hijo, baje a mi hijo!”.

-Pero nadie se acercaba. Entonces le digo a mi hija “¡Bajá a tu hermano de ahí!” y me dice “Mami, no le puedo aflojar el cordón”. Entonces levanto a mi hijito para arriba, y ahí lo bajamos entre las dos, y él se cayó conmigo. Se cayó arriba mío. Y estaba con sus ojitos abiertos, como diciendo mamá perdonemé. Perdonemé.

Esa tarde, en el velorio, Elena y Perla no se dirigieron la palabra.

Era 31 de diciembre de 1999. A las doce en punto de la noche, Perla salió de la sala velatoria. Había música en la calle, el aroma de todas las comidas, y el cielo se llenó de fuegos de artificio.

Pero hasta ella no llegaba nada.

Sólo el olor de las coronas ácidas.